



PAISAJE DESPUES DE UNAS PRIMARIAS

Juan Jesús GONZALEZ

Pocas elecciones se han prestado a interpretaciones tan variopintas como las últimas. Victoria rotunda del españolismo para unos, avance del socialismo renovado para otros, estación intermedia hacia el *sorpasso* para terceros, parecería como si cada uno estuviese hablando de resultados distintos. Loados sean los dioses que han querido que la fiesta de la democracia repartiera premios para todos. Hasta un accésit debería haber para quienes, obsesionados por hacer de sus propios pronósticos la profecía autocumplida, terminaron por confundirlos con la realidad misma, disfrazada de “descalabro felipista”.

Estado de bienestar y malestar social

Mas los resultados siguen desafiando la retórica con que los dirigentes tratan de dibujar el escenario político hasta tanto las urnas den su próximo veredicto. Pues, como si de un juego de espejos se tratara, parecería que los unos, los que lanzaron el

boomerang de las primarias, prefieren ignorar que les arrastró, de vuelta, a peores resultados de los que hubieran obtenido en caso de limitar el campo de juego. Como acaso los otros quisieran ignorar que un avance no se mide sólo por la cantidad de votos que se movilizan, sino también por su procedencia social. Particularmente sólida resulta la impresión de

que los terceros quisieran olvidar cuanto antes que no tenían cartas suficientes para lanzar el órdago del *sorpasso*, y el farol puede ser funesto para el resto de la partida. Veamos lo que hay de cierto a ambos lados del espejo.

Comenzaré por señalar algunos de los factores que han conducido, en el medio y largo plazo, a la reciente situación política y que explican, a mi juicio, el vuelco electoral de junio de 1994. Haré, a continuación, algunas consideraciones sobre la pasada campaña electoral, para terminar presentando algunos datos sobre la implantación electoral de los partidos a la vista de los últimos comicios.

Es claro que las elecciones europeas de 1994 marcaron un punto de inflexión en la evolución política de la última década. Comenzaré haciendo una referencia sumaria de algunos de los factores que condujeron al resultado de aquellas elecciones, tal como he expuesto con anterioridad⁽¹⁾. Según este argumento, el Partido Popular y los partidos nacionalistas moderados se asientan sobre la típica coalición conservadora: una alianza de viejas y nuevas clases medias o, por decirlo más claro, pequeños negocios familiares, trabajadores autónomos, cuadros directivos y sectores profesionales. Por otro lado, Izquierda Unida se apoya especialmente sobre lo que Santiago Carrillo designara en su día como la alianza de *las fuerzas del trabajo y la cultura*, es decir una coalición de profesionales (sobre todo, empleados de los servicios públicos) y una cierta aristocracia obrera.

Por contraste, la hegemonía del PSOE se sustentaba, a principios de los noventa, sobre los grupos sociales más bajos: los trabajadores no cualificados y, por ende, más expues-

(1) El lector interesado puede encontrar un desarrollo de este argumento en mi ponencia sobre «Clases y alineamiento electoral al final del ciclo político», presentada al Seminario sobre Desigualdad y Clases sociales, patrocinado por la Fundación Argentaria (octubre de 1994), y de próxima publicación en Editorial Visor.

Las elecciones europeas de 1994 marcaron un punto de inflexión en la evolución política de la última década.

tos a la precariedad laboral, y lo que podíamos llamar *clases pasivas*, especialmente jubilados y parados. Esta evidencia contradecía un prejuicio bien extendido hasta entonces según el cual el PSOE se habría convertido, merced a su sedicente neoliberalismo en materia de política económica, en un partido interclasista con una considerable implantación sobre ciertos sectores de las clases medias. Por el contrario, todo indica que a lo largo de los años ochenta la base electoral del PSOE se vio sometida a un proceso que podríamos calificar de *proletarización*, como consecuencia, primero, de la retirada de ciertos sectores de las nuevas clases medias (descontentas ya fuera por una presión fiscal sin precedentes, ya por los desaciertos del gobierno socialista en materia de reforma administrativa) y, más tarde, de una progresiva erosión del apoyo obrero tradicional, especialmente a raíz de la confrontación entre gobierno y sindicatos.

Este proceso explica la consabida inversión del perfil del votante socialista, que pasó de ser un votante más bien urbano, joven e ilustrado, a principios de los ochenta, a otro más bien rural, viejo y de bajo nivel educativo, una década más tarde. De tal suerte que si bien el PSOE consiguió mantener un volumen parecido de votos entre 1982 y 1993, está claro que los votantes de 1993 ya no eran los mismos que al principio.

Esta inversión obedece, entre otras cosas, a la operación redistributiva impulsada tras la huelga general de 1988, así como al impacto

diferencial de las políticas sociales y de bienestar desarrolladas durante la última década, dada la prioridad concedida a capítulos tales como las pensiones y la cobertura sanitaria, seguidos de la cobertura de paro. Prioridades que se han impuesto, en parte, a costa de mantener amplios segmentos de jóvenes y mujeres al margen no sólo de una posible inserción laboral, sino también de la percepción de alguna forma de salario social. Esto es particularmente visible en el caso de los jóvenes, para quienes la expansión del sistema educativo (principal forma de salario indirecto en su caso), por importante que haya sido, ha compensado muy escasamente tanto las dificultades a veces insalvables de inserción laboral como de acceso a la vivienda.

Con estas premisas, la coalición entre nuevas y viejas clases medias sobre la que se asientan los partidos conservadores recibe importantes refuerzos del colectivo juvenil. Por contraste, la coalición entre las capas trabajadoras menos cualificadas y los parados en apoyo del partido socialista recibe sustanciales apoyos entre los jubilados.

¿Cómo explicar, desde estos supuestos, el vuelco electoral de 1994, más allá de los escándalos de corrupción que protagonizaron la primavera de 1994? A mi juicio, el argumento se puede sintetizar así: la coalición de capas obreras y clases pasivas que sustentaba al PSOE al principio de los noventa podía mantenerse durante una fase expansiva de la economía que permitiese sostener altos niveles de gasto social, incluyendo una amplia cobertura de paro, pero no tanto si el ciclo económico se invierte, la actividad económi-

***A lo largo de los años ochenta
la base electoral del PSOE
se vio sometida a
un proceso de proletarización.***

ca decae y el paro apunta de nuevo al alza, con la consiguiente reducción de la recaudación impositiva y el simultáneo aumento de las demandas sociales, especialmente de cobertura de paro.

Si, además, el gobierno acomete, tal como hizo en el invierno de 1993-94, medidas de reforma laboral, aquella coalición puede disolverse: por un lado, porque las capas más proletarizadas de la población ocupada se enfrentan a la inseguridad laboral y a la amenaza de despido —efecto inevitable de cualquier tentativa de flexibilización laboral en primera instancia, antes de que la reforma genere efectos positivos. Por el otro, porque los parados se enfrentan no sólo a la improbabilidad de retornar al empleo en momentos de recesión, sino también a la amenaza de que su red de protección quede progresivamente restringida. Baste recordar que, así como la cobertura de paro se duplicó entre 1989 y 1993, pasando del 34% al 67%, descendió nada menos que diez puntos, en promedio, entre 1993 y 1994. Dato tanto más significativo si tenemos en cuenta que los despidos y expedientes de regulación de empleo pasaron de ser un 30% de las causas de prestación por desempleo, en 1991, al 46% en 1994⁽²⁾.

La conclusión es obvia: la crisis, aunque sea incipiente y parcial, de algunas políticas de bienestar, como consecuencia de la incapacidad para hacer frente a la explosión del gasto social en una coyuntura recesiva, amenazaba la coalición electoral socialista. Esto explica, al menos en parte, lo que ocurrió en las elecciones del año pasado, cuando los sectores más proletarizados de los trabajadores optaron bien por la radicalización y el consiguiente apoyo a IU, bien por la abstención. Las elecciones europeas no son, sin embargo, un indicador adecuado de lo que pudiera ocurrir en unas generales, toda vez que el relativo desconocimiento de lo que

(2) Véase la *Memoria 1994* del Consejo Económico y Social, de próxima publicación.

en ellas hay en juego propicia, en ocasiones, un comportamiento expresivo, más que un estricto cálculo racional entre el coste y el beneficio de la decisión electoral. Cabía la duda incluso de que fuese extrapolable a unas elecciones municipales y autonómicas.

Sobre el uso de las encuestas en campaña electoral

Algo, sin embargo, parecía estar claro: dada la nueva situación electoral, con el PSOE como segundo partido, éste parecía condenado a elegir entre maximizar el volumen de votos u optimizar la posición de cara a la participación en el Gobierno. Este dilema obedece, por lo pronto, a cuestiones de política económica y social, especialmente si el partido socialista prosigue por la senda de austeridad y contención del gasto público que recomienda la Unión Europea. En tal caso, es previsible que el partido socialista no pueda alejarse del centro político, sin que esto le asegure ganancias electorales, toda vez que la competencia electoral por el centro se ha endurecido. La compensación podría venir por la vía de mantener su posición de cara a la participación en el Gobierno, especialmente si los partidos nacionalistas siguen siendo árbitros de la situación.

Así las cosas, parecía quedar un amplio espacio para la expansión de Izquierda Unida, pero esto dependía también de la propia capacidad de IU para presentarse como una alternativa convincente y conseguir que la izquierda sumergida o marginada de la escena política saliera de nuevo a la palestra. Durante la segunda mitad de los ochenta hubo razones para pensar que el partido comunista estaba seriamente comprometido con este proyecto, hasta que la *vieja guardia* consiguió abortar la anunciada autodisolución del partido y tomar la iniciativa en el seno de IU. Las pasadas elecciones del 28-M se presentaban, por tanto, como un *test* crucial de cara a evaluar el alcance electoral de la coalición y a comprobar, por tanto, que IU podía

Es previsible que el partido socialista no pueda alejarse del centro político, sin que esto le asegure ganancias electorales.

ser algo más que simple beneficiaria del voto de castigo contra el gobierno del PSOE.

Lo demás es cosa bien sabida: espoleado por los escándalos de corrupción salidos a la luz durante el último año, así como por el lógico desgaste de doce años de gobierno socialista, el Partido Popular ha basado toda su estrategia en convertir las pasadas elecciones en una antesala del asalto final al gobierno central. Algo en lo que podía fácilmente coincidir con IU, de acuerdo con lo anterior. Y algo en lo que, según algunas encuestas, estaban también de acuerdo sus respectivos electorados antes incluso de que se abriera la campaña, mayoritariamente convencidos de que lo que los ciudadanos iban a tener en cuenta a la hora de votar era la situación política general, antes que los problemas de sus respectivos municipios y regiones.

La estrategia parecía de antemano destinada al éxito, a juzgar por estas mismas encuestas, que arrojaban una intención de voto para las municipales muy parecida al resultado de las europeas de un año antes: 39,4% para el PP, 30% para el PSOE y 11,5% para IU⁽³⁾.

Conviene en este punto hacer alguna consideración sobre el papel de las encuestas durante la campaña. Pocas veces la opinión pública había llegado a tal estado de excitación, desde las primeras elecciones, como en estas últimas. Por lo que hace al electorado situado en el área de influencia del PSOE, la crisis política ha provocado una profunda erosión de sus referentes simbólicos e ideológicos. Esto es particularmente claro entre las

(3) Según una encuesta de Metra-Seis realizada en los días posteriores al atentado contra José María Aznar.

clases trabajadoras que han constituido el núcleo duro del electorado socialista, pero que ahora mismo carecen de un discurso político propio. Cualquier intento de elaborar este discurso está restringido por el estado general de opinión y por la crisis de confianza que se ha abierto entre la sociedad y el partido, de tal suerte que una buena parte de la izquierda ha enmudecido y carece de argumentos para defender su posición. La misma demarcación entre izquierda y derecha se ha hecho borrosa al tiempo que las alternativas políticas se han desdibujado, con lo que el discurso de las clases populares tiende a refugiarse en la queja angustiada por los problemas cotidianos (la vivienda, el temor al despido...) y la resignación ante la incapacidad del gobierno para dar respuesta a sus problemas. Sentimientos tanto más agudos por cuanto no hay una alternativa capaz de defender sus intereses, en un momento en que tampoco los sindicatos parecen proporcionar una garantía en este sentido.

¿Cuáles eran, así las cosas, los escenarios previsibles de la contienda electoral? En el límite, algunos sectores de la izquierda parecían haber optado por un *voto a plazo* («sólo por esta vez») en favor de la derecha. Era de esperar, en efecto, que, en una situación de crisis política, prevaleciera una estrategia electoral de *reparto de apoyos*: «puesto que el gobierno nacional es socialista, votemos gobiernos regionales de derecha». El principal enigma radicaba entonces en cómo podía afectar esta situación a los municipios, y aquí cabían dos posibilidades: dada la contaminación de las elecciones municipales por la crisis a nivel nacional, había que contar con un efecto acumulado de *espiral del silencio*. A primera vista, la coyuntura reunía todos los ingredientes de la profecía que se cumple a sí misma: una opinión pública en estado de catarsis, unas elecciones locales contaminadas por la crisis política nacional y una expectativa, cada vez más extendida, de una victoria aplastante de la derecha. Con estas premisas, resultaba comprensible que un electorado socialista envejecido, resignado y con escasos recursos

El PP ha basado toda su estrategia en convertir las pasadas elecciones en antesala del asalto final al gobierno central.

para elaborar un discurso siquiera defensivo se dejase arrastrar por las corrientes dominantes de la opinión pública.

Los medios periodísticos eran perfectamente conscientes de esta situación y la ofensiva no se hizo esperar. El domingo 23 de abril *El País* se valió de una encuesta de 800 entrevistas telefónicas realizadas 48 horas después del atentado contra José María Aznar para convertir a éste en el político más valorado de la historia democrática nacional, y situar al PP en una situación de holgada mayoría absoluta ante unas eventuales elecciones generales. Nunca tan poco había servido para tanto en el ejercicio de la demoscopia. Efecto de arrastre y efecto espiral empezaban a alimentarse mutuamente en la estrategia de los multimedia.

Pero cabía también la posibilidad de un *efecto boomerang o underdog*, pues, a medida que la expectativa de una victoria de la derecha se hiciera aplastante, la estrategia mencionada de reparto de apoyos podía invertirse de nuevo, esta vez en favor del PSOE, con el fin de evitar su hundimiento electoral. En principio, este segundo efecto sería tanto más notable cuanto más eficiente fuese la campaña socialista a la hora de contrarrestar el *efecto contaminación*. De hecho, el eslogan «*porque se trata de...*» parecía ir en la dirección de delimitar el campo de juego. Ante la dificultad de la empresa, el posterior eslogan «*precisamente ahora*», aunque contradictorio con el anterior, tuvo quizás la virtud de estimular, precisamente por su carácter inocuo y proyectivo, este segundo efecto.

Entretanto, los multimedia seguían forzando la brecha entre los dos principales parti-

***Para el electorado del PSOE,
la crisis política ha provocado
una profunda erosión
de sus referentes
simbólicos e ideológicos.***

dos. El domingo anterior a los comicios, último día hábil para la publicación de encuestas, *El País* presentaba los resultados de una macroencuesta que convertía una intención explícita de voto en las municipales de 21,8% para el PP, 19% para el PSOE y 8,4% para IU en una predicción de 36,9%, 28% y 13,3%, respectivamente, desentendiéndose de nada menos que un 31,3% de *No sabe/no contesta*. Un mínimo ejercicio de asignación de los electores refugiados tras este último epígrafe hubiera dado lugar a una predicción sustancialmente distinta, pero esto no parecía entrar en los cálculos de los analistas: como si no hubieran caído en la cuenta de que la clave de la predicción no estaba tanto en la distribución del voto explícito como en la tasa de participación, tal como lo prueban lo abultado de las desviaciones producidas en aquellas comunidades donde la tasa de participación rebasó el 75% (La Mancha, Extremadura, Valencia...).

Está claro que la sorpresa de los resultados tiene mucho que ver con el nivel de participación, el más alto registrado en convocatorias de este tipo: esta es la primera diferencia a tener en cuenta con respecto a las europeas del año pasado. Ahora bien, si la participación ha sido inusualmente alta es porque no se trataba de unas elecciones cualesquiera, sino justamente de unas primarias, lo que nos enfrenta a una curiosa paradoja. Pues si el resultado final no fue el previsto, se debe precisamente a que un porcentaje considerable de ciudadanos descontentos con el actual estado de cosas y que, en otro caso, se hubie-

ran abstenido, decidieron finalmente acudir a las urnas en apoyo de un partido socialista que muchos daban por desahuciado. De lo que se puede concluir que el Partido Popular e Izquierda Unida hubieran obtenido mejores resultados de haber limitado el terreno de juego. Porque, una vez desencadenadas las primarias, hubieron de enseñar sus cartas en lo que hace a política fiscal, laboral y otros asuntos de política nacional, ante lo que aquellos ciudadanos probablemente pensaron que, si de eso se trataba, mejor sería refrenar la pulsión de cambio o aplazarla para otra ocasión.

A primera vista, este argumento parece fácilmente rebatible por cuanto si la brecha entre los dos principales partidos es importante en lo referente a comicios locales y autonómicos, lo sería mucho más en caso de extrapolar la intención de voto manifestada en las encuestas respecto a unas eventuales elecciones generales. El diario *El País* trató de dejar bien claro este extremo el lunes 22 de mayo, a menos de una semana de las pasadas elecciones, con la publicación de una predicción que convertía una intención explícita de voto de 29,5% para el PP, 23% para el PSOE y 10,8% para IU en una estimación de 43%, 27% y 15%, respectivamente. Quizá convenga reparar en el dato aparentemente inocente de que, en este caso, la proporción de *No sabe/ no contesta* se reducía en nada menos que 6,5 puntos porcentuales con respecto a las municipales, pasando, curiosamente, de un 31,1%, cuando se trataba de estas últimas, a un 24,6% cuando se trataba de unas hipotéticas generales que entonces no estaban en el horizonte inmediato de los ciudadanos. El dato es tanto más llamativo por cuanto la reducción del *Ns/Nc* no iba en la dirección de recortar la distancia entre los dos partidos, tal como ha ocurrido entre la predicción de las municipales y los resultados finales, sino en dirección contraria. Parece evidente que los ciudadanos de este país distinguen con agudeza no sólo entre lo que dicen que van a

hacer y lo que realmente hacen, sino también entre lo que dicen que van a hacer, cuando llega realmente el momento de hacerlo, y lo que *conviene* decir cuando el momento de hacerlo se pierde en el horizonte y la palabra dada no les enfrenta a compromiso alguno: como si los ciudadanos fueran un trecho por delante del ingenio demoscópico.

La base electoral de los partidos

Quisiera terminar, tal como adelanté, analizando la base social de los partidos a la luz de los últimos comicios. Me serviré para ello de una encuesta realizada en cinco comunidades autónomas, en vísperas del 28-M: Madrid, Valencia, Asturias, La Mancha y Extremadura, todas ellas de gobierno socialista hasta ese momento⁽⁴⁾.

Seguiré la misma metodología que ya he utilizado en artículos anteriores⁽⁵⁾. En síntesis, parto de la distinción entre distribución absoluta y relativa del voto. Mientras la primera hace referencia a la proporción de votos obtenida por cada uno de los partidos, la segunda se refiere a la composición interna del electorado de cada partido. Expondré brevemente la primera para detenerme, sobre todo, en la segunda. Con tal fin me valdré de un modelo simplificado de clase que distingue de entrada dos tipos de situaciones: los ocupados y los que se

(4) La encuesta fue encargada por el Departamento de Estudios y Comunicación del PSOE a tres empresas (Metra-Seis, Eco Consulting y Alef) y se realizó por el sistema CATI. La muestra se estratificó por sexo, edad y circunscripción electoral. Agradezco a Julián Santamaría, director del DECO, las facilidades materiales y técnicas que han hecho posible este trabajo. Salvador Parrado y Susana García Cereceda han colaborado escrupulosamente en algunas fases del mismo.

(5) El lector interesado puede acudir a la ponencia citada, así como a mi propio artículo «Sobre el declive político de las clases», *Economía y Sociedad*, nº 11, 1994.

***La sorpresa de los resultados
tiene mucho que ver con
el nivel de participación, el más alto
en convocatorias de este tipo.***

encuentran al margen de la actividad laboral. Los primeros constituyen las clases activas, en tanto que los segundos forman parte de lo que denomino clases pasivas. Agruparé cada una de ellas en cuatro categorías principales. Las primeras se componen de:

- Viejas clases medias: pequeños y medianos empresarios, negocios familiares y trabajadores autónomos.
- Nuevas clases medias: directivos, supervisores, profesionales y técnicos.
- Trabajadores no manuales: empleados administrativos, oficinistas, servicios personales, etc.
- Trabajadores manuales: obreros, peones, etc.

Las segundas se clasifican, en principio, en: a) jubilados, b) parados con empleo anterior, c) jóvenes (entendiendo por tal estudiantes y buscadores de primer empleo) y d) amas de casa. Por razones que ya he expuesto en los artículos citados clasifiqué estas últimas, a su vez, en tres categorías, según que el cónyuge pertenezca a:

- Alguna de las tres primeras categorías señaladas con anterioridad: viejas y nuevas clases medias, o trabajadores no manuales, que serán denominadas genéricamente CON-NOMANUAL.
- La categoría de trabajadores manuales, en cuyo caso serán denominadas CON-MANUAL.
- Cuando el cónyuge sea un jubilado, serán denominadas CON-JUBILADO.

En total, el modelo se compone de 10 categorías, lo que, dado el tamaño de la muestra en su conjunto (5.500), asegura la fiabilidad estadística de los resultados. Antes de abordar el análisis de la distribución relativa del voto, con arreglo a este modelo que acabo de presentar, conviene prestar atención a algunas cuestiones previas. Comenzaré por explicar las razones que, a mi juicio, explican la falta de precisión de los pronósticos electorales que se han barajado durante la pasada campaña. Como ya adelanté, la clave radica en la estimación de la tasa de participación. Puesto que la bolsa de Ns/Nc a que ya hice referencia se encontraba localizada principalmente en el área de influencia del PSOE, el resultado dependía, por lo pronto, de la medida en que esa parte del electorado refugiada en el Ns/Nc optase por acudir a las urnas. Se trataba, por tanto, de prever, en primer lugar, el alcance de esta participación y, a partir de ella, establecer un criterio de asignación del voto indeciso o deliberadamente oculto. En otras palabras, conviene hacer un doble ejercicio de asignación: primero, para estimar la tasa de participación y, después, para estimar la intención de los *participantes*.

Los datos que presento a continuación se refieren, por tanto, a estos dos problemas: la Tabla 1 nos informa de la comparación entre la tasa real de participación y la *tasa estimada*. La Tabla 2 contiene una doble comparación: por un lado, nos informa de las diferentes estimaciones de intención que se obtienen de nuestra encuesta según que empleemos el procedimiento convencional (extrapolación a partir de la intención explícita) o un procedimiento de asignación de Ns/Nc una vez que hemos estimado la tasa de participación que aparece en la tabla anterior.

Según se observa en la Tabla 1, la tasa estimada de participación se desvía un punto porcentual de la tasa realmente registrada en el conjunto de estas cinco Comunidades Autónomas (CCAA), diferencia que está localizada en su casi totalidad en Asturias, donde la estimación se desvía hasta casi nueve puntos por encima de la tasa real. En el resto de los casos, la desviación se encuentra dentro de los márgenes de error propios del tamaño muestral que manejamos.

	Asturias	Madrid	Castilla La Mancha	Extremadura	Valencia	TOTAL
TASA ESTIMADA	78,8	72,7	78,9	74,7	76,7	75,4
TASA REAL	70,1	71,2	79,2	78,9	76,6	74,4

El punto de partida para la asignación del Ns/Nc es, por consiguiente, correcto. La Tabla 2 nos permite comparar los resultados obtenidos por el procedimiento convencional

(extrapolación de la intención explícita) con los que se obtienen de la asignación del Ns/Nc ⁽⁶⁾ (en ambos casos, la muestra está ponderada por recuerdo de voto en 1993).

(6) El lector interesado puede encontrar algunas claves de este procedimiento en Santamaría y Alcover: *Los españoles ante la OTAN, CIS, 1987*.

Para el conjunto de la muestra, el principal problema del procedimiento convencional es que infraestima la intención de voto al PSOE en tres puntos. Este problema desaparece con el segundo procedimiento, cuyos resultados

son idénticos a los resultados realmente registrados en el conjunto de las CCAA estudiadas, como puede apreciarse en la parte inferior de la tabla.

TABLA 2
INTENCION DE VOTO POR COMUNIDAD AUTONOMA
(PONDERADA POR RECUERDO 1993)

	Asturias	Madrid	Castilla La Mancha	Extremadura	Valencia	TOTAL
PP	28,6	32,2	34,3	28,9	30,7	31,4
PSOE	23,1	20,5	28,4	27,2	20,0	22,2
IU	12,2	15,3	5,6	8,2	9,3	11,4
OTROS	6,3	2,8	4,0	3,0	9,7	5,4
ABSTENCION	6,8	6,7	3,7	4,3	4,0	5,3
NS/NC	23,0	22,4	24,0	28,3	26,4	24,4
(EXTRAPOLACIÓN DE LA INTENCIÓN EXPLÍCITA)						
PP	40,8	45,5	47,4	42,9	44,0	44,7
PSOE	32,9	29,0	39,3	40,4	28,6	31,5
IU	17,4	21,6	7,7	12,2	13,4	16,1
OTROS	9,0	4,0	5,6	4,5	14,0	7,7
(ASIGNACION DE NS/NC)						
PP	42,6	48,2	44,6	42,9	44,6	45,7
PSOE	35,5	30,5	44,1	43,5	33,2	34,8
IU	14,8	18,4	7,2	9,9	10,8	13,5
OTROS	7,1	2,8	4,1	3,7	11,3	6,0
RESULTADOS REALES						
PP	42,2	50,9	44,3	39,5	42,9	45,8
PSOE	33,6	29,7	45,7	43,9	33,9	34,8
IU	16,5	16,0	7,6	10,6	11,5	13,0
OTROS	7,7	3,4	2,4	6,0	11,7	6,4

En lo que sigue, me apoyaré en datos obtenidos por este segundo procedimiento. Pero antes de analizar las bases sociales de los partidos conviene averiguar la localización del *Ns/Nc* y de la abstención, más allá de la simple evidencia de su vecindad al área de influencia electoral del PSOE. Tanto en este caso como en el análisis de la distribución relativa del voto que presentaré a continuación me serviré de unos índices estadísticos llamados *residuos ajustados*, los cuales se obtienen a partir de los porcentajes horizontales y nos informan de la medida en que una determinada clase apoya (cuando son positivos) o rechaza (cuando son negativos) cada una de las opciones electorales. Hay que tener en cuenta, por tanto, que son indicadores relativos al peso que esa clase tiene en el electorado de un partido, el cual

viene dado por los porcentajes horizontales, y no pueden ser interpretados en términos absolutos.

En este caso, los residuos ajustados nos informan de la medida en que la abstención y el *Ns/Nc* están localizados (cuando son positivos) o no (cuando son negativos) en cada una de las clases. A la vista de lo expuesto en la Tabla 3, hay pocas dudas de que mientras la abstención afecta más, siempre en términos relativos, a *los parados y a los jóvenes* (que presentan residuos positivos de valor 3,2 y 4,0, respectivamente), el *Ns/Nc* está principalmente localizado entre *los jubilados y sus cónyuges*, cuyos residuos alcanzan los valores de 5,6 y 8,3, respectivamente. Puesto que los datos hablan por sí solos, ahorro comentarios al lector.

TABLA 3
INTENCION DE VOTO SEGUN CLASE
(PORCENTAJES HORIZONTALES / RESIDUOS AJUSTADOS)

	CLASES ACTIVAS				CLASES PASIVAS						
	Vieja Media	Nueva Media	Trab. No Man.	Trab. Manual	Jubilado	Parado	Joven	Con-No Man.	Con-Man.	Con-Jubilado	
PP	15,5% 7,4	13,7% 4,1	5,8% -2,2	10,3% -4,9	14,3% -1,0	7,2% -1,4	13,3% 3,2	9,2% 1,1	4,6% -5,5	6,2% -1,9	1702 31,7%
PSOE	7,8% -3,9	8,2% -3,6	7,1% 0,3	16,7% 3,5	17,9% 3,1	8,8% 1,1	6,8% -5,5	8,2% -0,5	11,1% 5,4	7,4% 0,4	1185 22,0%
IU	6,7% -3,6	13,7% 2,2	11,3% 4,6	18,5% 3,8	6,3% -6,5	9,1% 1,1	19,4% 6,9	5,2% -3,2	6,5% -1,0	3,4% -3,9	629 11,7%
Otros	15,5% 2,6	11,5% 0,2	7,8% 0,6	18,8% 2,7	10,1% -2,4	10,6% 1,7	11,8% 0,3	7,4% -0,7	5,2% -1,5	1,3% -4,0	293 5,5%
Abstención	8,0% -1,6	10,7% -0,2	6,3% -0,4	17,8% 2,1	10,0% -2,5	13,0% 3,2	18,4% 4,0	6,6% -1,2	6,0% -0,9	3,2% -2,7	292 5,4%
NS/NC	9,3% -2,0	9,1% -2,6	6,0% -1,4	10,7% -3,5	19,9% 5,6	6,0% -3,0	6,9% -5,6	10,5% 2,8	9,2% 2,8	12,4% 8,3	1274 23,7%
TOTAL	586 10,9%	598 11,1%	371 6,9%	733 13,6%	808 15,0%	430 8,0%	605 11,3%	461 8,6%	400 7,4%	385 7,2%	5376 100,0%

Tampoco el análisis del voto efectivo (una vez descontada la abstención y hecha la asignación del *Ns/Nc*) requiere de mayor comentario, después de lo ya dicho en el primer apartado. Si nos atenemos a los datos expuestos en la Tabla 4, es claro que el perfil del electorado socialista contrasta tanto con el del Partido Popular como con el de Izquierda Unida en las CCAA estudiadas. Por un lado, el Partido Popular presenta el típico perfil conservador, especialmente por lo que se refiere al apoyo

que recibe de las viejas clases medias (que presentan un residuo positivo de 5,2), así como al rechazo de los trabajadores manuales y de sus cónyuges (que presentan residuos negativos de -4,3 y -5,2, respectivamente). Por otro lado, IU presenta el electorado más interclasista, por cuanto obtiene apoyos, aunque no sean muy significativos, de todos los sectores asalariados, así como de los jóvenes (con un residuo positivo de 6,1). Cuenta, por tanto, con el electorado *más activo y más joven*.

TABLA 4
INTENCION DE VOTO SEGUN CLASE
(PORCENTAJES HORIZONTALES / RESIDUOS AJUSTADOS)

	CLASES ACTIVAS				CLASES PASIVAS						
	Vieja Media	Nueva Media	Trab. No Man.	Trab. Manual	Jubilado	Parado	Joven	Con-No Man.	Con-Man.	Con-Jubilado	
PP	15,2%	12,8%	6,0%	10,3%	15,7%	7,1%	12,2%	10,2%	4,6%	5,9%	1553
	5,2	2,3	-2,3	-4,3	1,0	-2,0	1,8	2,8	-5,2	-0,9	45,8%
PSOE	9,0%	8,0%	6,9%	14,4%	19,0%	8,4%	6,3%	8,3%	11,0%	8,6%	1163
	-3,9	-4,6	-0,4	1,7	4,7	0,5	-6,4	-0,7	6,4	4,1	34,3%
IU	7,0%	14,4%	10,9%	17,2%	6,4%	9,0%	19,2%	5,1%	6,9%	3,9%	470
	-3,6	2,1	3,4	2,9	-5,6	0,8	6,1	-3,0	-0,1	-2,3	13,8%
Otros	16,3%	14,5%	8,1%	16,5%	7,5%	12,0%	11,0%	8,7%	3,9%	1,5%	207
	1,9	1,4	0,5	1,5	-3,1	2,1	0,0	0,0	-1,8	-2,9	6,1%
TOTAL	408	390	241	443	510	275	376	297	240	213	3392
	12,0%	11,5%	7,1%	13,1%	15,0%	8,1%	11,1%	8,7%	7,1%	6,3%	100,0%

Por contraste, podría decirse que el electorado socialista actual es, en cierto modo, resultado de una coalición de *clases pasivas* en la que juegan un papel central los jubilados, sus cónyuges y las amas de casa cónyuges de trabajadores manuales (cuyos residuos positivos alcanzan un valor de 4,7, 4,1 y 6,4, respectivamente). Este último dato es tanto más elocuente por cuanto

los propios trabajadores manuales han dejado de tener una presencia significativa en el electorado socialista, por las razones apuntadas en el primer apartado (conflicto entre gobierno y sindicatos, reforma laboral, caída de la cobertura de desempleo, etc.). Llegados a este punto, dejo en manos del avisado lector la tarea de sacar conclusiones. (Tarea tanto más ardua por cuanto

los acontecimientos relacionados con las escuchas del CESID parecen haber devuelto a la opinión pública a una situación que recuerda la primavera de 1994. Así las cosas, no es fácil adivinar cuál pueda ser el

margen de maniobra del Gobierno para remontar nuevamente la situación, lo que recomienda suspender el juicio y aplazar cualquier otra consideración para otro momento.)
